

Respuesta al ataque populista a la administración pública

Por *David Arellano Gault**

Resumen

El populismo ha existido durante décadas, incluso siglos. Sin embargo, la actual ola asume una visión particularmente potente y negativa sobre la administración pública, vista tanto como cuerpo de conocimiento y como aparato gubernamental. Desde esta visión, la administración pública utiliza su jerga tecnocrática y sus conocimientos para construir un discurso aparentemente técnico y neutral que, en el fondo, termina por minar la que debería ser su única y simple responsabilidad: resolver los problemas del *pueblo*. El desafío que el populismo le plantea, entonces, a la administración pública es grave y serio. Proporcionar a la sociedad una explicación del papel de los organismos e instituciones estatales en una democrática es una tarea importante. Requiere, quizás, volver a discutir lo básico: reconocer, primero que nada, que, en una sociedad democrática, no existe el monopolio de la verdad.

Palabras clave

Democracia – populismo – administración pública.

Abstract

Populism has been around for decades, even centuries. However, the current wave assumes a particularly powerful and negative view on public administration, seen both as a body of knowledge and as a governmental apparatus. From this point of view, the public administration uses its technocratic jargon and its knowledge to build an apparently technical and neutral discourse that, deep down, ends up undermining what should be its only and simple responsibility: solving the problems of the people. The challenge that populism poses, then, to the public administration is serious and serious. Providing society with an explanation of the role of state agencies and institutions in a democracy is an important task. Perhaps it requires re-discussing the basics: recognizing, first of all, that, in a democratic society, there is no monopoly of truth.

* Profesor Investigador del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), México.

Key words

Democracy – populism – public administration.

I.

La ola actual de populismo que se aprecia en diversas partes del mundo, sean de izquierda o de derecha, parece haber añadido un ingrediente novedoso a los populismos de hace sesenta o setenta años: dirigir una parte importante de sus ataques contra la administración pública. Esta visión es clara en los casos de los Estados Unidos y México (Lewis, 2018; Arellano Gault, 2020), al menos. Este ataque del populismo contra la administración pública parece que no solo se dirige contra el aparato de gobierno, sino, también, lo que es preocupante, contra el mismo cuerpo de conocimiento que representa. En resumen, diversos gobiernos populistas defienden que, en realidad, la administración pública se ha convertido en una defensora de las elites, una tecnocracia atrapada en un discurso y un proyecto que tiene poco aprecio por las necesidades, así como los problemas del pueblo o de los más desafortunados. Desde esta visión, la administración pública utiliza su jerga tecnocrática y sus conocimientos para construir un discurso aparentemente técnico y neutral que, en el fondo, termina por minar la que debería ser su única y simple responsabilidad: resolver los problemas del pueblo.

El populismo, generalmente, asume que el pueblo es una categoría homogénea, identificable y que es, antes que nada, distinta de las elites. La alternativa populista para un gobierno efectivo asume que se requiere simplemente de voluntad y sentido común. No se necesita un aparato gubernamental sofisticado, profesional y diverso. Dicha complejización, asume el populismo, solo ha servido para encumbrar a una elite administrativa y burocrática. Una elite burocrática, parece estar perfectamente alineada con las demás elites económicas y políticas para mantener al pueblo en la pobreza y la desigualdad. Una especie de conspiración maquiavélica entre elites. La importancia de un aparato gubernamental capaz, diversificado, vigilado, pero con capacidad de decisión y acción construido en el último siglo y medio desde Wilson (1887) y Crozier (1964) hasta Moore (1996), Aguilar (2006), Cabrero (2005) y Oszlak (2020) es desechada bajo un simple discurso conspiratorio. Por ejemplo, la retórica presente en los gobiernos de

los Estados Unidos y México sobre que la estructura gubernamental actual, amplía en tipos de organizaciones y regulaciones, deviene de un proyecto escondido de encumbramiento de una elite público-administrativa que protege sus propios intereses y los de otras elites. Este argumento, como muchos del populismo, puede surgir de las fuentes más diversas y contradictoras. Por un lado, parece acercarse a una visión simplificada del enfoque marxista clásico de la burocracia como aparato a las órdenes directas de la clase dominante. Por otro lado, en el caso mexicano, por ejemplo, se ha lanzado a un proceso de desmantelamiento del aparato administrativo de una forma muy parecida al argumento neoliberal más recalcitrante de la privatización (Savas, 2000). Este tipo de contradicciones flagrantes no debe sorprender, puesto que el populismo es, generalmente, una criatura ideológica amorfa, contradictoria y dúctil (Finchelstein, 2018). De tal forma, la visión de la administración pública desde el populismo difícilmente puede ser congruente.

Sin embargo, por más discutible que parezca ser este discurso conspiratorio, es más preocupante la propuesta política implícita —y a veces explícita— que está en el fondo. Básicamente, puede encontrarse que este ataque a la administración pública es, en la práctica, el pretexto perfecto para desestimar la pluralidad social y política como base de una sociedad democrática liberal. El discurso parece sugerir que la pluralidad ha sido aprovechada por las elites para apropiarse del poder y explotar al pueblo. Por lo tanto, no hay pluralidad, solo dos bandos: la elite contra los intereses del *verdadero* pueblo. En esta batalla, el pueblo no puede solo: necesita de un cuerpo de líderes, que, con voluntad y valentía, lo lleven a su redención para vencer a la elite (Laclau, 2005). Dado que la pluralidad, entonces, ha sido un pretexto de las elites para subsumir al pueblo, la pluralidad debe ser sustituida por la *verdadera democracia* (Mouffe, 2017). Ello requiere forzar un acuerdo general y abstracto bajo la idea de que las necesidades de las personas son claras, contundentes, homogéneas. Necesidades que, al ser claras y directas, monolíticas, son fáciles de resolver. Si las necesidades son claras, el pluralismo —estilo poliarquía de Dahl (2009)—, es un simple pretexto para esconder los intereses y poder de las elites. En ese sentido, la administración pública no requiere de sofisticación técnica ni organizacional. Es una actividad más bien simple, debido a que, sin la pluralidad que se asume en las democracias liberales, el aparato gubernamental tiene una misión llana, y cualquier desviación de ella es un mero pretexto.

Diversas críticas pueden hacerse a las propuestas y visiones de populismo. Desde su maniquea división entre pueblo y elite hasta la engañosa base de una *verdadera democracia* que requiere de un cuerpo de líderes iluminados, bien intencionados y carismáticos que lleven al pueblo a su redención. Sin embargo, es posible concentrarse solo en la visión populista de la administración pública. Una visión que no solo resulta engañosa, sino incluso riesgosa. Primero, por la ilusión de que la realidad puede ser reducida a simples posiciones de una voluntad homogénea, lo que abre las puertas al autoritarismo y el aplastamiento de las voces disidentes o críticas. Y, segundo, descartar con su voluntarismo el amplio aprendizaje que se ha alcanzado sobre la gran capacidad de los gobiernos de hacer daño, de crear con sus acciones consecuencias no deseadas y fiascos de gran tamaño. La libertad de pensamiento, ideología y de acción es justo lo que obliga a construir administraciones públicas profesionales, capaces y vigiladas por una pluralidad de intereses.

2.

Algunos gobiernos populistas contemporáneos, tanto de derecha como de izquierda, hacen dos críticas a la administración pública: primero, el gobierno ha sido capturado por unos pocos, por lo que se convierte en un aparato elitista; y segundo, este se ha vuelto cada vez más desinteresado en las necesidades de la gente.

El populismo es una extraña criatura política. No está claro si tiene una base ideológica coherente (Finchelstein, 2018; Mudde y Rovira, 2017), pero es evidente que ha ganado impulso en varios países del mundo. Su argumento simplista ha resultado exitoso: la política se reduce a una batalla entre *ellos* y *nosotros*, entre *las elites* y *el pueblo*. La gente, bajo esta retórica, son personas buenas, prácticas y, en general, necesitadas, que pueden ser representadas y unificadas por un líder fuerte (Mouffe, 2018). El pueblo y su líder son los héroes en esta saga fantástica donde, de manera retórica, se insiste en que ni líder ni pueblo verdadero pueden estar equivocados. Por lo tanto, todos los que se oponen a la gente pueden ser acusados de estar del lado equivocado de la historia y ser descartados sin rubor de la vida social y política.

El populismo ha existido durante décadas, incluso siglos. Sin embargo, la actual ola de populismo asume una visión particularmente potente y negativa sobre la administración pública, vista tanto como cuerpo de conocimiento y como aparato gubernamental. Como cuerpo de conocimiento, se cree que la administración pública se ha vuelto tecnocrática. Los populistas contemporáneos asumen que la experiencia técnica y la complejidad instrumental que requiere la acción gubernamental, en sus diversas responsabilidades y tareas, están sobrevaloradas, dado que las situaciones y los problemas reales no son tan complejos. Satisfacer la necesidad de la gente es la prioridad, y cumplir con esto no es tan complicado porque con voluntad política y sentido común, con buenas intenciones y energía, se pueden diseñar e implementar soluciones a problemas sociales complejos. Además, estas se asumen sin falla, sin consecuencias no deseadas de la acción ni problemas de implementación. Entonces, ¿por qué la administración pública se ha vuelto tan compleja? Según los populistas, los administradores públicos, tanto en la práctica como en la academia, se han transformado en una elite, una tecnocracia. De esta forma, la administración pública utiliza su jerga tecnocrática para evadirse de su única y simple responsabilidad que es resolver los problemas de la gente común, del pueblo. Entonces, el fondo del argumento es que los administradores públicos se defienden bajo el manto de la complejidad, como hacen todos los buenos tecnócratas.

El populismo suele argüir que la administración pública ha sido transfigurada en una arena elitista. Un ejemplo utilizado en varios países es que las elites económicas han impuesto una agenda de privatización sobre actividades importantes que los gobiernos controlaban. Administrar, diseñar e implementar políticas públicas se han convertido en tareas que solo podían ser realizadas por expertos que entienden el arte del gobierno. De tal forma, de acuerdo con los populistas, la administración pública abandonó su misión real: proteger y defender al pueblo contra la elite. En este sentido, se ha convertido en una tecnocracia que cuida sus propios intereses, y no los de la gente. Incluso son parte de la misma elite que tiene como misión «aprovecharse del pueblo bueno». Un hecho que no cabe en la retórica populista es que la elite esté compuesta en la práctica por distintos y variados grupos, o que el pueblo sea, en realidad, una amalgama de familias, personas y organizaciones de lo más diversa. Se habla de dos bandos, los buenos contra los malos: los buenos, el pueblo dirigido por un líder benevolente, y la elite, siempre mal intencionada.

Para los populistas, ante esta saga fantásica, la solución es sencilla. En la acción gubernamental, no son necesarios ni los conocimientos especializados ni el *expertise* si el fin es uno y claro: resolver los problemas de las personas, del pueblo. Cuando eso está claro, actuar como gobierno se convierte en una cuestión de voluntad política, de coraje. Si la administración pública recupera su misión con esa simpleza, no se requieren conocimientos especializados ni diseños institucionales complejos o de órganos con autonomía relativa en agendas de alta importancia o complejidad.

El desafío que el populismo plantea a la administración pública es grave y serio. Proporcionar a la sociedad una explicación del papel de la administración pública en una democrática es una tarea importante. Requiere, quizás, volver a discutir lo básico: reconocer, primero que nada, que, en una sociedad democrática, no existe el monopolio de la verdad. Por lo tanto, no puede haber un valor o fin único y correcto. El conflicto entre valores es una constante, una realidad que tomar en cuenta como fundamental al momento de pensar, diseñar e implementar acciones gubernamentales. ¿Cómo lidiar con valores encontrados en una sociedad plural? Valores encontrados conducen a fines en conflicto, sin duda. ¿Cómo producir soluciones válidas a problemas públicos donde los fines están en disputa? La construcción de consensos y acuerdos en una democracia se genera a través de diversos procesos tanto de competencia y enfrentamiento, como de deliberación y acuerdos. Esta disputa que se pretende civilizada, abierta, aunque disputa al fin de cuentas, es legitimada por el propio *ethos* de una sociedad democrática donde el conflicto no es necesariamente pernicioso y en la cual la libertad de disentir y pensar distinto es un dogma que proteger sin cortapisas. Una sociedad democrática aprende a vivir y convivir con la incertidumbre, ineludiblemente: los problemas públicos no solo son intrincados, sino que, además, la propia definición de lo que son problemas públicos y las formas de resolverlos es asunto de debate, deliberación y discusión entre valores e intereses (Subirats, 1989). Los gobiernos contemporáneos actúan y viven en marcos de incertidumbre elevados. Ello puede significar desilusión para muchos que puedan desear soluciones claras y directas (de allí, tal vez la seducción que el populismo ha logrado). Pero una cosa es clara: gracias a la incertidumbre que asegura la pluralidad, la libertad de la gente puede estar más o menos garantizada. Si no existe el monopolio de la verdad —como axioma—, no hay forma de que una persona, un grupo o un partido

puedan argumentar que poseen la verdad única, la fórmula indiscutible para producir los únicos resultados legítimos. La pluralidad de fines y valores es, al mismo tiempo, un desafío y un supuesto político indispensable para proteger la libertad. En todo caso, si se desean gobiernos y administraciones públicas pretendidamente infalibles y homogéneas, ello solo es posible en regímenes autoritarios, con las consecuencias que ello puede significar, poco halagüeñas comúnmente.

¿Cómo en una sociedad plural democrática se pueden obtener resultados concretos ante la pluralidad? La simplificación del populismo, aquí, se convierte en una caricatura. De hecho, es una caricatura que no se puede sostener sin defender la necesidad de un líder fuerte, benevolente y que tiene voluntad política bien intencionada como único soporte más o menos racional. La paradoja es evidente. Afirmar que la gente, en abstracto, como un actor unificado, tiene una y clara ambición y fin, una necesidad simple y evidente, ataca frontalmente el axioma de la pluralidad. ¿Quién define exactamente lo que necesita la gente? Para el populismo, todo termina en el mismo punto: el líder que encarna a la gente del *verdadero pueblo*. La administración pública, entonces, existe para una misión simple: obedecer e implementar la voluntad de ese líder. Se conocen bastante bien los resultados de una visión autoritaria de este tipo. Basta recordar las catástrofes y fracasos que este tipo de visiones políticas han generado a través de una acción gubernamental desordenada, autoritaria, voluntarista, y en el fondo, ciega a los detalles operativos y consecuencias no deseadas de la acción. Algunos ejemplos son fáciles de encontrar en la literatura: el *groupthink* o la soberbia de la infalibilidad del grupo (Janis, 1982); los excesos de la *administrabilidad* como dogma de Estado (Scott, 1998); la ceguera del síndrome de Hubris, propio de las personas con poder (Owen, 2012); las paradojas de la acción gubernamental y las consecuencias de no tomarlas en cuenta (Stone, 2002); o los francos procesos de decisiones que se dirigen al desastre casi de manera alegre y locamente feliz (Tuchman, 1984), solo por referir algunos de los ejemplos clásicos de gobiernos desbocados en su soberbia autoritaria.

Las sociedades contemporáneas son plurales, lo que complejiza cualquier intento de resolver los problemas suficientemente intrincados —problemas perversos en Rittel y Webber (1973)—. Gobernar en una sociedad democrática siempre será un dilema político grave, puesto que está expuesto a distintos riesgos. Uno de

ellos es que el aparato gubernamental sea atrapado por intereses económicos o sociales. La captura es una preocupación y riesgo estudiado desde hace mucho tiempo en la literatura especializada (Delcour *et al.*, 2019). Otro es que la burocracia pueda convertirse en un poder político protegido; es una de las clásicas pesadillas de la literatura de servicios civiles. Uno más es que las burocracias se puedan convertir en maximizadoras de presupuesto (Niskanen, 1971). Todos estos riesgos son parte del precio que pagar por defender el pluralismo, el derecho de las personas y los grupos a pensar distinto y a disentir del poder económico, de los políticos y de los gobiernos. Sin embargo, una sociedad plural puede tener gobiernos efectivos, así sean islas de efectividad (McDonnell, 2020). Existe una amplia literatura respecto de cómo tomar decisiones en contextos de pluralidad: el incrementalismo (Lindblom, 1951); la burocracia estratégica (Moore, 1996); la gobernanza pluricéntrica (Aguilar, 2006); y la acción pública (Lascombes y Le Galés, 2005) son solo algunos ejemplos de entre muchas estrategias y formas en que la administración pública ha avanzado para enfrentar el reto de gobernar en pluralidad y disputa en libertad. Estos esfuerzos demuestran la riqueza y variedad de soluciones y experimentos para lograr resultados y resolver problemas en una sociedad plural.

La disputa política y social puede ser enconada, y ello es parte fundamental de la ecuación de gobierno y administración pública en toda sociedad. Es un sueño pensar que todo sería más fácil de resolver si todos estuvieran de acuerdo y los problemas tan solo fueran definidos por un solo grupo que puede tener la verdad en sus manos. Empero, esto es un sueño que puede convertirse rápidamente en pesadilla. La pluralidad y el respeto a ella, con todos los inconvenientes asociados, es la base para que, políticamente, se pueda exigir y defender libertad de pensamiento y acción. La pluralidad puede ser fuente de problemas y dolor cabeza para toda sociedad, pero la idea liberal clásica ha sido que vale la pena pagar ese costo. Sobre todo, dicha pluralidad no tiene por qué ser un estorbo permanente a la solución real de problemas. Una sociedad activa, plural y vigilante, una opinión pública rica y diversa, una sociedad civil organizada, medios de comunicación libres e indagadores, una comunidad científica escéptica y vibrante son solo algunos de los ecosistemas sociales que una democracia plural produce y necesita para buscar soluciones a los problemas públicos. Condiciones que la pluralidad permite y que, si bien no pueden ser completamente eficaces, sí generan dinámi-

cas, propuestas, soluciones legítimas y ampliamente revisadas y discutidas con el fin de evitar que estas se conviertan en productoras de fracasos.

La teoría y la práctica en la administración pública en sociedades democráticas se han construido a partir de una fundamental confianza en la pluralidad. La administración pública es la ciencia y el arte de obtener resultados razonables mientras se acepta la realidad de una sociedad diversa y libre, llena de pesos, contrapesos, exigiendo constantemente formas de gobernanza más abiertas y transparentes. Esto significa construir las condiciones para mantener la acción gubernamental factible y viable, con un gestión e implementación regida por el enfrentamiento de múltiples criterios de acción que, a menudo, resultan ser contradictorios: equidad, imparcialidad, justicia, economía, transparencia, eficiencia, por mencionar algunos criterios que en la acción pueden ser problemáticos, paradójicos o generar diversos dilemas y compensaciones —*trade-offs*— (Pardo, 2016).

3.

Quizás la administración pública, en la práctica y en la academia, necesita hacer un mejor trabajo para explicar su papel en una sociedad democrática. El argumento populista ha tenido éxito simplificando una realidad intrincada donde la pluralidad se ve como un problema que debe superarse, pues se convierte en un estorbo. Aún más, la pluralidad es la vía por la cual las elites han logrado encumbrarse y dominar para su beneficio la agenda y lógica gubernamental. Habría que ser claros: en diferentes momentos y espacios, diversos grupos e intereses han capturado el Estado y el gobierno. No es ni un fenómeno nuevo ni imprevisto. Es uno de los riesgos más fuertes en toda democracia liberal. No obstante, ello no significa que la pluralidad propia de una sociedad siempre lleve a la captura ni mucho menos que se carezcan de instrumentos para prever y enfrentar dicha captura. Destruir o negar la pluralidad como el populismo hace, en el fondo, es un pretexto para avanzar una agenda autoritaria.

El reto de gobernar en pluralidad y disputa por los fines es una vieja discusión en el campo de la administración pública. Administrar cuando hay un final claro y único es mucho más fácil que en un entorno plural. El truco que la administra-

ción pública ha aprendido a hacer, tanto en la teoría como en la práctica, radica en crear capacidades para lograr resultados en un entorno donde los fines están en disputa. Una sociedad plural no necesita ser un obstáculo infranqueable para un gobierno efectivo. La administración pública ha producido y acumulado una gran cantidad de conocimiento sobre cómo los gobiernos pueden lograr obtener resultados en un entorno político heterogéneo.

La solución populista para un gobierno efectivo se basa en un riesgoso argumento que implica forzar un acuerdo general de las necesidades de las personas como si estas y sus necesidades y valores fueran homogéneos. Es un argumento riesgoso porque aceptar la importancia de la pluralidad ha demostrado ser crítico para proteger el marco institucional permanentemente vulnerable que protege la libertad y los derechos de las personas en cualquier sociedad. El énfasis que puede encontrarse en la literatura sobre nuevas formas de deliberación, de transparencia y de gobernanza abierta se basa no solo en la identificación de que los problemas sociales son bastante complejos, sino, además, en el convencimiento de que se requiere de mucha imaginación y participación para enfrentar problemas en pluralidad. Con mayor frecuencia, el gobierno y la administración pública requieren otorgar espacios amplios y transparentes para que grupos, organizaciones e intereses diversos deliberen, disientan, aprendan, participen y propongan soluciones. Todo lo contrario de la propuesta del populismo, que se basa en una propuesta opaca que termina por proponer reducir la pluralidad bajo la égida de un líder en la búsqueda de la *verdadera democracia* (Mouffe, 2018). Entonces, la pluralidad es destruida con un argumento fantasioso del pueblo contra las elites, en la polarización maniquea entre los que están del lado correcto de la historia y *los otros*.

El ataque populista a la administración pública es una ruta directa al fiasco, al «camino a la locura» en la acción gubernamental —a la Tuchman (1984) o a la Scott (1998)—. El tomar en serio la importancia de la administración pública y lo que se ha ganado de conocimiento y experiencia para actuar en un entorno plural de intereses, por tanto, conflictivo y diverso, es defender la propia democracia como régimen de gobierno basado en la libertad y sus correlatos: el control y la vigilancia constante sobre el poder para hacerle rendir cuentas de sus decisiones y de las consecuencias de sus acciones.

Referencias bibliográficas

- Aguilar, L. F. (2006). *Gobernanza y gestión pública*. Fondo de Cultura Económica.
- Arellano Gault, D. (2020). La administración pública mexicana. Una saga en tres actos. Pasado, presente y futuro. <http://administracionpublica.cide.edu/la-administracion-publica-en-mexico-una-saga-en-tres-actos-pasado-presente-y-futuro-3/>
- Cabrero, E. (2005). *Acción pública y desarrollo local*. Fondo de Cultura Económica.
- Crozier, M. (1964). *The phenomenon bureaucratic*. University of Chicago Press.
- Dahl, R. (2009). *La poliarquía*. Tecnos.
- Delcour, L.; Dimitrova, A.; Maniokas, K. y Wolczuk, K. (2019). *State capacity, state capture and their effect on the implementation of association agreements in the eastern neighborhoods*. EU-Strat.
- Finchelstein, F. (2018). *Del fascismo al populismo en la historia*. Taurus.
- Janis, I. (1982). *Groupthink: psychological studies of policy decisions and fiascoes*. Houghton Mifflin.
- Lascoumes, P. y Le Gales. P. (2005). *Gouverner par les instruments*. Presses de Sciences Po.
- Lewis, M. (2018). *The fifth risk*. W.W. Norton & Company.
- Lindblom, C. (1951). The science of «Muddling Through». *Public Administration Review*, 19(2), 79-88.
- Moore, M. (1996). *Creating public value*. Harvard University Press.
- Mouffe, C. (2017). *La paradoja democrática*. Gedisa.
- (2018). *For a left populism*. Verso.
- Mudde, C. y Rovira, C. (2017). *Populism a very short introduction*. Oxford University Press.
- Niskanen, W. (1971). *Bureaucracy and representative government*. Aldine Transaction.
- Oszlak, O. (2020). *El estado en la era exponencial*. INAP.
- Owen, D. (2012). *The hubris syndrome: Bush, Blair and the intoxication of power*. Methuen Pub Ltd.
- Pardo, M. del C. (2016). *Una introducción a la administración pública*. El Colegio de México.
- Rittel, H. y Webber. M. (1973). Dilemmas in a general theory of planning. *Policy Sciences*, 4, 155-169.

- Savas, E. S. (2000). *Privatization and public-private partnerships*. Seven Bridges Press.
- Scott, J. (1998). *Seeing like a state*. Yale University Press.
- Subirats, J. (1989). *Análisis de políticas públicas y eficacia de la administración*. Ministerio para las Administraciones Públicas.
- Stone, D. (2002). *Policy paradox*. W.W. Norton & Company.
- Tuchman, B. (1984). *La marcha de la locura: la sinrazón desde Troya hasta Vietnam*. Fondo de Cultura Económica.
- Wilson, W. (junio, 1887). *The study of public administration*. *Political Science Quarterly*, 2(2), 197-222.

Cómo citar este artículo

Arellano Gault, D. (2020). Respuesta al ataque populista a la administración pública. *Estado abierto. Revista sobre el Estado, la administración y las políticas públicas*, 4(3), 109-120.